



Tampoco era previsible el refascismo de Grecia, el golpe de estado dentro del golpe de estado, con su ambigüedad y su tautología política.

Si nos atuviéramos a una lógica cartesiana, sería relativamente fácil atribuir al lento proceso de desintegración del gran imperio de los Estados Unidos lo que sucede en Occidente, en todas las provincias de ese imperio; y al efecto que causa sobre el imperio adverso. Pero, ¿por qué se produce la desintegración del Imperio de Occidente? Recurriríamos también a las teorías cíclicas, miméticas o repetitivas propias de Toynbee para explicar el alza y declive de las civilizaciones; pero aun con esa técnica, Toynbee introduce los elementos sobrenaturales para que cubran el hueco de lo inexplicable. Por otra parte, es sólo mediante una más larga perspectiva histórica de un episodio que apenas ha comenzado a desarrollarse como podríamos juzgar el alcance de esa desintegración, si es que se produce. En ningún caso sobre el examen del artificio cíclico del año astronómico. Para ojos contemporáneos, nada de lo que está sucediendo era previsible; por lo menos, nada estaba previsto por quienes tienen en sus manos los elementos y la electrónica suficiente como para predecir a corto plazo, según su creencia.

Es lógico que la imposibilidad de predecir el pasado o de aglutinarlo con alguna coherencia haga más difícil la del inmediato futuro —no digamos ya la del futuro lejano—. Las líneas maestras de los pensadores políticos se bifurcan entre un pesimismo y un optimismo, sin más apoyo real que ciertos factores humanos del pensador. El pesimista calcula que esta sacudida ha sido fatal para una Europa que estaba en vías de realización armónica; que la amenaza del tercer mundo con sus materias primas (tras el control del petróleo, Marruecos duplica el precio de sus fosfatos, Perú nacionaliza su cobre...) va a recaer sobre el propio tercer mundo, bien porque la escasez tiene un efecto multiplicador (la India ve multiplicado el precio de su energía en la relación 1 a 4 con respecto al año pasado...), bien porque los productos manufacturados que le son necesarios van a aumentar enormemente de precio. Calcula que las fábricas van a cerrar (en Inglaterra, desde primeros de año: jornada de trabajo de tres días a la semana y paga por sólo esos tres días) y que puede haber una situación social de motines y de prerrevoluciones que hagan renacer poderes fuertes, dictatoriales, hasta el regreso del fascismo.

La ocupación del optimista acusa resultados enteramente distintos. Tras la escasez de petróleo y la ruda actuación de los Estados Unidos, Europa encontrará vías nuevas y féculdas, estímulos suficientes para salir de su tutoría y construirse a sí misma; al quebrar la sociedad de consumo, habrá un mejor equilibrio de clases sociales y el socialismo de estado se dirigirá a esa equidad; el tercer mundo habrá encontrado el mejor camino para la venta de sus materias primas a un precio justo y para intercambiarlas por técnica, de manera que pueda salir de su situación injusta... No faltan, evidentemente, los eternos partidarios de las soluciones de centro: no todo será tan malo como creen los pesimistas, no todo será tan bueno como creen los optimistas...

Lo más válido parece ser la idea de que en 1974 puede suceder de todo. Se han perdido las coordenadas y las abscisas. No está excluido nada: desde una guerra mundial catastrófica hasta un arreglo pacífico de las cuestiones pendientes, desde una nueva era de hostilidad hasta una cierta forma de sincretismo de las ideologías políticas. Y, naturalmente, nada hay que circunscribirlo al año astronómico.

Lo que nos está enseñando este tiempo es que cosas que creíamos que ya no podían sucedernos «a nosotros» —es decir, a los hombres de esta era, de este mismo tiempo en que vivimos—, nos pueden suceder igual que a nuestros antepasados. No estamos vacunados contra nada, no somos inmunes a nada.

GRAN BRETAÑA EL ENEMIGO ESTA DENTRO

En Edimburgo, en Birmingham o en Cardiff, los coches hacen cola para llenar sus depósitos de super o de normal. Pocos trenes cruzan el campo. Ya no se ven en Picadilly, como antes, anuncios de neón. Los camiones gigantes, con frecuencia, averiados, provocan grandes desórdenes en las importaciones y exportaciones. La televisión acaba sus programas a las 22,30 horas. Tiendas y oficinas pueden permanecer abiertas toda la semana, pero sólo tienen derecho a tres días de corriente eléctrica. De repente, tanto en las Midlands como en otras zonas del país, cien mil hogares se han quedado sin luz. La British Airways anula mil vuelos durante las fiestas. La tasa de descuento es de un 13 por 100. La Bolsa baja.

Los expertos de diferentes escuelas prevén de un millón y medio a dos millones de parados en el periodo que va de enero a febrero, una disminución del 50 por 100 de la producción de acero, una inflación galopante, una balanza de pagos realmente catastrófica y un alza del coste de la vida en 1974 superior al de 1973 (media: 10,3 por 100; alimentación: 18 por ciento).

El canciller del Exchequer, Anthony Barber, presentó a una Cámara de los Comunes nerviosa y sepultada en una gótica semioscuridad, un "minipresupuesto" de austeridad. Se limitan o dificultan las ventas a plazos: la mayoría de los británicos alquilan sus aparatos de televisión; ahora tendrán que pagar cuarenta y dos semanas por adelantado. Los impuestos sobre los más ricos se verán aumentados en un 10 por 100. Se castigarán a los especuladores inmobiliarios con un 75 por 100 de sus escandalosos beneficios. Se reducirán en un 2 por 100 los gastos públicos: los principales afectados por la medida serán la Defensa, los transportes, las industrias nacionalizadas, la Educación; no se recortará (apenas) el presupuesto destinado a la construcción de viviendas baratas. Se sobreentiende, aunque no se diga claramente, que tal vez haya un nuevo bloque de precios y salarios. Adiós a los, sin embargo modestos, proyectos de expansión de un 3,5 por 100.

Situación dramática y dramatizada también por el primer ministro. Heath podría desbloquearla parcialmente, al menos cediendo a las demandas de aumento de sueldo de los 260.000 electricistas, los 280.000 ferroviarios y 107.000 electricistas. Estos obreros no están en huelga, pero se niegan a hacer horas extraordinarias. En época "normal", el carbón británico proporciona el 70 por 100 de los recursos energéticos, por lo que es indispensable para la superación de la actual crisis petrolera. Al reducir en un 30 por 100 la extracción, los mineros multiplican los problemas del país.

Heath apela al "conocido civismo de la nación". De hecho no es tan conocido: existe el civismo al nivel del consumo. Los ciudadanos, incluidos los mineros, los ferroviarios y los electricistas, continúan comportándose con total cortesía. Nadie da muestras de histeria ni de pánico. La gente está decidida a compartir la poca calefacción de que se pueda disponer: si es preciso, todos irán a calentarse a la misma habitación del inmueble. Pero no existe tal civismo al nivel de la producción: mineros, ferroviarios y electricistas, esos auténticos "monstruos", manifiestan una soberbia indiferencia con respecto al destino del país al emprender duras y eficaces acciones reivindicativas en el peor momento para el país, aunque sea el mejor para ellos.

A esos trabajadores no se les puede meter en la cabeza que es preciso saber acabar una huelga. La clase obrera británica sigue siendo, con la italiana, la más combativa de toda la Europa occidental. En tiempo de guerra, los proletarios británicos olvidan la lucha de clases; no en tiempos de paz.

Sir Michael Clapham, presidente de la Confederación de Industrias británicas, ha declarado: "Gran Bretaña está al borde del abismo". Pero lord Poole, ex presidente del partido conservador y hoy gigante de la Banca, juicioso y realista, manifiesta a su vez: "Tenemos más necesidad de mineros a cuarenta libras por semana que de agentes de cambio a cuarenta mil anuales". Cuarenta libras por semana: exactamente lo que exigen los mineros picadores.

En teoría, Heath no quiere conceder aumentos por no provocar una reacción en cadena. En la práctica, su ministro de Trabajo, William Whitelaw, negocia secretamente: "No quiero lanzarme a una guerra de trincheras en los sindicatos". Parecen esbozarse las líneas de un compromiso. Mineros, ferroviarios y electricistas tendrán tal vez derecho a un "trato especial". Whitelaw intenta cerrar un trato con la Transport House, el cuartel general de los sindicatos y del Partido Laborista: se llegará a un acuerdo con los tres grupos que actualmente "paralizan la economía" del país si los jefes sindicales presionan sobre los empleados del gas, los pequeños funcionarios, el personal de hospitales... En una palabra, sobre los tres millones de asalariados que no están entre los mineros, los electricistas y los ferroviarios, y que, sin embargo, también reivindican alzas salariales. Parece flotar en el aire el fantasma de una huelga general.

Si Whitelaw no consigue sus objetivos, Heath hará un llamamiento a la opinión pública y convocará elecciones para comienzos del presente año. Los últimos sondeos demuestran que los conservadores tienen grandes probabilidades de ganarlas. Desde su punto de vista, una fuerte mayoría conservadora obligaría a ceder primero a los mineros, después a los otros trabajadores. Tras lo cual, el país continuaría desarrollándose, aunque lentamente, en espera de que los yacimientos petrolíferos del mar del Norte —inmensos— comiencen a rendir hacia 1976-1980.

Los analistas políticos comentan: "Gran Bretaña está librando una batalla tan dura como la de 1940. Necesita un nuevo Churchill". Comparación y cliché más bien absurdos: Heath no está ocupado en luchar en primer lugar contra los países árabes, sino que se enfrenta con su propio proletariado de vanguardia, tan militante como poco marxista. ¿Churchill? Se olvida que, como canciller del Exchequer, puesto que ocupó entre 1924 y 1929, aquel estadista demostró una prodigiosa falta de eficacia.

■ OLIVIER TODD.